

4

Su padre tuvo en suspenso la intención de matarlo mediante la asfixia con los paños de la cunita cuando volvió de enterrar a su esposa. Seguía llorando, amoratado, arrugado, no había parado de llorar en los tres días de recién nacido, no tomaba la leche de la nodriza vecina que acudió en su ayuda al ver que la madre se moría. El parto habían tenido que practicarlo con fórceps porque el feto no venía de cabeza sino atravesado; el médico, que había sido llamado expresamente de otro pueblo porque el de Bienlabrada no se atrevió a realizar la operación, no era tampoco ducho en esa técnica ni siquiera con la ayuda de la experimentada matrona y se puso muy nervioso. Perdió los nervios y tuvo que introducir el instrumento hasta tres veces, con lo que los desgarrones produjeron la incesante hemorragia que no hubo manera de cortar. La madre quedó tan debilitada, tan desfallecida por la pérdida de sangre y los dolores, que cuando al fin le sacaron la cría ya no volvió a recuperar el conocimiento. A Justino Bécquer, el padre, se lo llevaban los demonios maldiciendo y llorando y rompiéndose la camisa presa de la desesperación ante lo que se anunciaba como la inminente pérdida de la esposa y la fatalidad del hijo sin vigor. Nada salvador pudieron hacer ni uno ni otro médico rural por retener la hemorragia interna, la hemorragia continua que se iba llevando calladamente la vida de la joven parturienta. Sus rústicos emplastos no conseguían el milagro de la dilación de la sangre y Belarmina Campaña murió dos días después de haber dado a luz un hijo al que no pudo darle de mamar ni verle la cara. No pudo recuperar ni la mínima fuerza para abrir los ojos y ver el

cuerpecito hecho una pasa embadurnado de su propia sangre y de sus líquidos viscerales. Al volver Justino Bécquer del entierro y contemplar al hijo en brazos de la nodriza, que no dejaba de mecerlo y decirle ternuras y rozarle el pezón con miel por la boquita, se le vino el presentimiento turbio de acabar con él. Sostuvo la idea infanticida con un amargor de polvo seco en la garganta cuando el niño al fin mamó un poco y se durmió después y la vecina pudo irse a su casa a descansar un rato. Se tiraba de los pelos y se daba golpes en el pecho con los puños cerrados, maldiciéndose a sí mismo por la mala suerte que le había caído encima, por el vacío tan grande de soledad que lo embargaba. Pensó que era el momento de acabar con el bebé. Entraron sus padres al dormitorio a seguir dándole consuelo pero él quería a su esposa, gritaba. «¿Qué voy a hacer yo ahora, sin mujer, viudo y amargado, y con esta mierda de niño que no para de llorar?» «¡Por Dios, Justino, que es tu hijo, que ya ha mamado y mira como duerme el angelito...» «¡Sí, ha mamado pero no lo ha hecho hasta que la ha visto enterrada, lejos de la casa, muerta para siempre!» La madre lo abrazó estremecida por lo que acababa de oír de boca de su hijo; el padre le echó el brazo por el hombro y le ofreció su ayuda para criarlo, le dijo que era joven, que el tiempo lo cura todo y que ya vería como salían adelante. Le dijo también temblándole la voz que a un hijo se le llega a querer aunque sea un enfermo toda la vida.